

## EL PRIMER PERONISMO DESDE EL INTERIOR DEL PAÍS: REFLEXIONES A PARTIR DE UNA EXPERIENCIA DE INVESTIGACIÓN

MARIANA GARZÓN ROGÉ

Universidad de Buenos Aires / CONICET

La publicación en 2003 de *La invención del peronismo en el interior del país* no sólo tuvo una significación historiográfica como instancia de precipitación de elaboraciones sobre las variaciones «extracéntricas» de la primera década peronista<sup>1</sup>. Su aparición, además, ofició de punto de partida a muchas investigaciones que estaban bosquejándose y alentó debates que tendrían lugar en los años venideros al calor de la enérgica expansión del mundo académico argentino de la última década. No tendría sentido, en el marco de este artículo, realizar un repaso detenido por aquella producción que, desde entonces, no ha hecho otra cosa que densificarse hasta convertirse en una especie de sub-área de la historiografía del siglo XX<sup>2</sup>. Sí interesa apuntar que, a diez años de aquella edición,

<sup>1</sup> Darío Macor y César Tcach (eds.), *La invención del peronismo en el interior del país*, Santa Fe, Ediciones UNL, 2003. Si bien esa publicación condensó muchos de los trabajos que se estaban realizando, hay que señalar que el tema ya contaba con antecedentes específicos: Ignacio Llorente, «Alianzas políticas en el surgimiento del peronismo: el caso de la provincia de Buenos Aires», en: *Desarrollo Económico*, n° 65, IDES, 1977; Sandra Gayol, Julio Melón Pirro y Mabel Roig, «Peronismo en Tandil: ¿perpetuación conservadora, desprendimiento radical o génesis sindical? 1943-1948», en: *Anuario del IEHS*, Tandil, n° 3; César Tcach, *Sabattinismo y peronismo: partidos políticos en Córdoba, 1943-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991; Moira Mackinnon, «La primavera de los pueblos. La movilización popular en las provincias más tradicionales en los orígenes del peronismo», en: *Estudios Sociales*, Santa Fe, UNL, N° 10, 1996; Darío Macor y Eduardo Iglesias, *El peronismo antes del peronismo: memoria e historia en los orígenes del peronismo santafesino*. Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1997; Adriana Kindgard, *Alianzas y enfrentamientos en los orígenes del peronismo jujeño*, San Salvador de Jujuy, UNJU, 1999; Mercedes Prol, «Peronismo y prácticas políticas. Sur de Santa Fe, 1945», en: *Estudios Sociales*, n° 21, Santa Fe, UNL, 2001; Gustavo Rubinstein, «Evolución de los salarios de los obreros azucareros durante el primer peronismo (1946-1949)», ponencia presentada en el V° Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, Buenos Aires, 2001; Oscar Aelo, «Élites políticas en la provincia de Buenos Aires: peronistas y radicales en las elecciones de 1948», en: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina*, vol. 13, N° 2, 2002.

<sup>2</sup> Revisiones de la bibliografía producida en los últimos años se pueden encontrar en: Nicolás Quiroga y Julio Melón Pirro (eds.), *El peronismo bonaerense: partido y prácticas políticas*, Mar del Plata, Suárez Ediciones, 2006; Aixa Bona y Juan Vilaboa, *Las formas de la política en la Patagonia: el*

algunos investigadores comienzan a interrogar, y a interrogarse, con buenas razones por el futuro de una colección cada vez más minuciosa de casos y experiencias en sede provincial o municipal<sup>3</sup>.

La reconstrucción, como fin en sí mismo, que podía invocar sus fundamentos en los «vacíos historiográficos» ya no goza ciertamente de una legitimidad incuestionada. ¿Para qué continuar estudiando el primer peronismo en distintos lugares del interior? ¿Para mostrar una panoplia de diferencias y similitudes? ¿Para completar las piezas de un rompecabezas en el que cada vez que asoma una figura otra modifica su consistencia? ¿Es que acaso cualquier período histórico o tema requiere de avances empíricos infinitos o es que ello delata que el peronismo todavía ejerce una atracción propia de los «hechos malditos»?

Hay quienes anhelan llegar a un momento en el que pueda realizarse una síntesis, algo así como un mapa que reúna todo el conocimiento alcanzado, permita visualizar tendencias generales y garantice mayor firmeza a los postulados vigentes o los descarte<sup>4</sup>. Sin embargo, eso no pareciera ser nada fácil ya que incluso si la nómina de preguntas fuera la misma (cosa que está lejos de suceder) lo que se comprobaría rápidamente es una gran y compleja diversidad. Sucede en los estudios sobre el peronismo que lo que se advierte en relación a una región se refuta en cuanto se examinan dos pueblos; y que lo que permite afirmar el estudio de una unidad básica en Chivilcoy no tiene punto de comparación empírica con lo que se observa en un club social jujeño. Y es que el hecho de que la unidad de observación sea una fracción pequeña del territorio nacional no implica estar frente a un enfoque microanalítico. Si el anhelo de comparación y cotejo

*primer peronismo en los territorios nacionales*, Buenos Aires, Biblos, 2007; Raanan Rein, Carolina Barry, Omar Acha y Nicolás Quiroga, *Los estudios sobre el primer peronismo. Aproximaciones desde el siglo XXI*, La Plata, Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, 2009; Oscar Aelo, *Las configuraciones provinciales del peronismo. Actores y prácticas políticas, 1945-1955*, La Plata, Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, 2010; Omar Acha y Nicolás Quiroga, *El hecho maldito. Conversaciones para otra historia del peronismo*. Rosario, Prohistoria, 2012; Florencia Gutiérrez y Gustavo Rubinstein, *El primer peronismo en Tucumán. Avances y nuevas perspectivas*, Tucumán, EDUNT, 2012; Darío Macor y César Tcach (comps.), *La invención del peronismo en el interior del país II*, Santa Fe, Ediciones UNL, 2013.

<sup>3</sup> Nicolás Quiroga, «De la inexistencia a la ubicuidad. El partido peronista en la historiografía académica», en Omar Acha y Nicolás Quiroga, *op. cit.*, pp. 83-110.

<sup>4</sup> Por ejemplo, Raanan Rein, «De los grandes relatos a los estudios de «pequeña escala»: algunas notas acerca de la historiografía del primer peronismo», en: Raanan Rein, Carolina Barry, Carolina, Omar Acha y Nicolás Quiroga, *op. cit.*

de casos es capaz de sobrevivir es a nivel de una perspectiva de esa naturaleza, es decir, a nivel de los problemas, de los conceptos y de los debates historiográficos, no de las reconstrucciones empíricas que puedan realizarse.

El objetivo de este artículo es reflexionar sobre ciertas vetas, pistas, que el abordaje del primer peronismo, interrogado desde el interior del país, permite seguir. No se trata de presentar como novedades historiográficas discusiones que ya se están produciendo entre quienes estudian el primer peronismo y, mucho menos, de puntear un conjunto de formas óptimas en las que habría que encarar las pesquisas. Se trata, más modestamente, de rondar alrededor de algunos asuntos con los que mis propias inquietudes se toparon en el camino de la investigación sobre los años peronistas. No hay allí fórmula, verdad o buen método. Hay más bien una puesta en común, una conversación con quienes no se sienten a gusto con la idea de que las dimensiones del recorte empírico en los estudios sobre el peronismo guardan una relación transparente con formas geográficas o con proyectos destinados a completar una única historia nacional que algún día alcanzará su versión definitiva y será guardada en anaqueles irreversibles. Se narra un aprendizaje que fue doble (y que continúa), en el que nació un interés por tratar al caso provincial como a un trabajo de campo –como un terreno etnográfico, si se quiere– y en el que fueron madurando preguntas que invitaban a leer desde allí problemas generales sobre el pasado del peronismo y de la política argentina en la mediana duración.

Las reflexiones que se tejen parten de tres investigaciones desgajadas de un trabajo mayor sobre la provincia de Mendoza que son comentadas en sendos apartados<sup>5</sup>. En el primero, a partir de la revisión de un artículo en el que indagué en las prácticas políticas a nivel del Partido Peronista provincial en sus años iniciales, se propone que los estudios en la dimensión pequeña pueden llegar a tener interesantes implicancias a la hora de probar cómo funcionan ciertas hipótesis larga y sólidamente aceptadas sobre el período<sup>6</sup>. En el segundo apartado, a partir de la recuperación de una investigación sobre los radicales mendocinos que adhirieron al peronismo en 1945, se subraya la importancia de incorporar de modo crítico la perspectiva de los actores para comprender cómo los contemporáneos daban sentido a sus comportamientos y opciones, y de qué modo colaboraban, en simultáneo, en la construcción del contexto histórico en

<sup>5</sup> Se trata de exploraciones actuales iniciadas hace algunos años en el marco de mi tesis de doctorado: Mariana Garzón Rogé, *La Revolución de Junio y el primer peronismo en Mendoza, 1943-1955*.

<sup>6</sup> Mariana Garzón Rogé, «Prácticas políticas en la construcción del Partido Peronista. Mendoza, 1946-1948», *Estudios Sociales*, N° 42, 2012.

y con el cual interactuaban<sup>7</sup>. En el tercero, a partir de una indagación sobre cómo se fueron estableciendo los sentidos de ciertas prácticas sociales en el curso de un conflicto vitivinícola en 1946, se destaca la utilidad de la mirada en la dimensión pequeña para revisar nudos conceptuales nebulosos, tal como la relación entre experiencias e identificaciones<sup>8</sup>. La apuesta, entonces, consiste en caracterizar tres modos en los cuales el abordaje realizado desde el interior del país podría colaborar en la reflexión histórica general sobre el primer peronismo. Como se remarca durante todo el camino del texto, sin embargo, nada indica que ésa sea la única vía de entrada a los problemas por los que se merodea, ni tampoco que sea la sencilla reducción de la escala de observación la que derive automáticamente hacia cavilaciones de inspiración microanalítica.

### **Hiper-hipo-tesis sobre el peronismo desde el interior del país: las prácticas políticas**

Tal vez el modo más evidente en el que los estudios sobre la primera década peronista pueden enriquecerse a partir de abordajes desde el interior del país sea cotejando cómo funcionan grandes hipótesis en la dimensión pequeña o en escenarios socioculturales menos próximos a la vida urbana y «moderna». Ello no sólo involucra a las viejas claves interpretativas que fueron utilizadas para explicar el peronismo desde hace décadas, sino también a ciertos supuestos más contemporáneos y más difíciles de descascarillar en la medida en que suelen estar asociados a prismas cognitivos de denso arraigo ideológico. No se trata de conjurar hipótesis o argumentaciones para hacer avanzar el conocimiento científico sobre el pasado a través de revoluciones paradigmáticas. Siempre existirá la posibilidad de introducir excepciones, matices y particularidades que, sin embargo, no modifican las tendencias ni pueden edificarse como nuevos cimientos generales para pensar los períodos históricos. Se trata más bien de estar alerta a preguntas, sospechas, intuiciones que asoman cuando hay un desajuste entre los patrones de interrogación y lo que las fuentes permiten tomar como evidencia. Y ese asomar puede ser sutil e incluso pasar inadvertido porque, ciertamente, nada impide que ante nuevas pistas sigamos con los prismáticos anteriores, tratando de forzar los casos y nuestros conceptos para que encastren.

<sup>7</sup> Mariana Garzón Rogé, «De radicales a peronistas: la producción de una opción política vivida», en: *Andes. Historia y antropología*, N° 26, en prensa.

<sup>8</sup> Mariana Garzón Rogé, «Auténticos, medidos y confiables. Prácticas y sentidos de la experiencia obrera en los inicios del peronismo mendocino», en: *Travesía. Revista de historia económica y social*, en prensa.

Una deriva de mi propio trabajo de investigación puede oficiar de ruta para ilustrar este asunto. Del archivo a la reconstrucción de los hechos significativos, del diseño del primer boceto a la redacción de una ponencia, de la escritura a la reescritura de un *paper* publicable suele haber bastante tiempo de ir perfilando la narración, los ritmos de la interpretación, las formas de comunicar los argumentos que van cobrando relieve. Había comenzado a observar aspectos de la vida del Partido Peronista en Mendoza, a tratar de entender quién era quién y cómo se había movido cada figura en los trastoques permanentes y enmarañados de una galaxia de listas, agrupaciones, declaraciones, solicitadas, congresos y mitines. A medida que ese mapa fue tomando forma se afianzaron algunas preguntas sobre cómo había sido posible que la autoridad en el seno del Partido Peronista se hubiera ido haciendo cada vez más vertical, dado que el conflicto interno había sido intenso, complejo y contestado, como me mostraba el pequeño mundo de la política en Mendoza. Describir ese proceso de acercamiento a un problema de investigación requiere de una breve introducción al tema.

Desde sus inicios hasta 1955, no hay dudas en la historiografía de que el Partido Peronista modificó visiblemente su fisonomía<sup>9</sup>. Si hubiera que definir su transformación en pocas palabras, no habría muchas objeciones académicas en valerse de términos como «centralización» o «verticalización» para aludir a esa mutación. La coalición electoral que apoyó al candidato presidencial del régimen militar iniciado en 1943, a poco de obtener el triunfo en los comicios de febrero de 1946, se vio fuertemente convulsionada por las luchas internas entre sus heterogéneos componentes en vistas a tener algún tipo de injerencia en el nuevo gobierno. En mayo de 1946, Perón anunció la formación del Partido Único de la Revolución Nacional, nueva organización que aspiraba a cobijar en su seno a todas aquellas conflictivas fuerzas internas y a suavizar las resonantes disputas. Todos los núcleos fueron sugerentemente convidados a integrarse. Sin embargo, el nuevo emprendimiento continuó funcionando según dinámicas muy similares a las anteriores. En enero de 1947 se fundó el Partido Peronista con el que, una vez más, se haría el intento de domesticar a los díscolos, sosegar a los ambiciosos y establecer una disciplina organizativa más firme. La carta orgánica labrada en ese momento postulaba

<sup>9</sup> Entre otros: Moira Mackinnon, *Los años formativos del partido peronista (1946-1950)*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno de Argentina Editores, 2002; Oscar Aelo y Nicolás Quiroga, «Modelos en conflicto. El Partido Peronista en la provincia de Buenos Aires, 1947-1955», *Estudios Sociales*, N° 30, 2006, pp. 69-96; Carolina Barry, *Evita Capitana. El Partido Peronista Femenino, 1949-1955*, Buenos Aires, EDUNTREF, 2009.

mecanismos de funcionamiento democrático con el ánimo de no sofocar la conflictividad de manera tan artificiosa y de ofrecer vías de canalización para los desencuentros. Pero a poco de andar la mayor parte de los distritos fue intervenida desde las esferas más altas del poder partidario, ante la imposibilidad de morigerar los enconos y los pleitos.

En 1949 se formó el Partido Peronista Femenino, supuestamente vertebrado bajo estricto control de la esposa del presidente. Como apuntó Oscar Aelo, a partir de 1950 la organización nacional se tornó más «independiente» de las facciones y de las dirigencias locales y, en gran medida, consiguió prevalecer sobre los focos de problemas, aunque las revulsiones internas continuarían presentes hasta el final de los años peronistas como vienen demostrando muchas investigaciones<sup>10</sup>. Al momento del derrocamiento de Perón se habían producido modificaciones en el seno del partido que fueron vistas, aunque no por indagaciones específicas, como *de emergencia* ante la crisis sociopolítica que atravesaba el país y el gobierno, cuando no como una maniobra más de Perón por ser el bombero del incendio que él mismo habría provocado. En definitiva, en las miradas sobre el Partido Peronista durante la primera década se sobreimprime un vector que va desde un polo más democrático hacia un polo menos democrático, y del que no es nada difícil terminar derivando uno de los gérmenes del desbarranco de 1955.

Ahora bien, ¿cómo se produjo una transformación semejante de la organización política del peronismo? Una opción historiográfica fue pensar el proceso de centralización o verticalización de la autoridad peronista desde una perspectiva que colocaba a la cúpula partidaria y a su jefe como avanzando sobre los ámbitos soberanos de representación y deliberación, como inyectando directivas desde arriba hacia abajo, haciendo tabla rasa de las demandas de participación que existían en las bases, restando (cuando no eliminando todo) margen de acción a los intentos de forjar una organización más democrática y movilizadora. Esa no fue sólo una óptica frecuentada por ciertos textos canónicos de la historia del primer peronismo, sino también un enfoque frecuentemente visitado por textos vigentes para discutir el período en sede académica. Cuando el escollo normativo de considerar al Partido Peronista como un objeto «ausente» o «que nunca existió» fue sorteado<sup>11</sup>, la idea igualmente normativa acerca de los buenos o defectuosos modos en

<sup>10</sup> Oscar Aelo, «Introducción», en: Oscar Aelo (comp.), *Las configuraciones provinciales del peronismo. Actores y prácticas políticas, 1945-1955*. La Plata, Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, 2010, p. 18.

<sup>11</sup> Cfr. Walter Little, «Party and State in Peronist Argentina, 1945-1955», en: *Hispanic American Historical Review*, vol. 53, N° 4, 1973, pp. 644-662; Félix Luna, *Perón y su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.

los que un partido político debería funcionar continuó siendo un parámetro explicativo. Desde ese punto de vista, por ejemplo, el modo de procesar las disidencias en el seno del peronismo debería haber estado ajustado a reglas escritas y avaladas por el conjunto de la organización. Las sanciones o disciplinamientos, llegado el caso, deberían haberse impuesto a través de mecanismos consensuados internamente. Si se mira el peronismo con estos prismas contrafácticos, se observa de manera inmediata la ausencia de aquellos modos considerados «normales» de procesar las disidencias: se advierte la persecución a los dirigentes con aspiraciones de autonomía, el envío permanente de delegados hacia áreas candentes para dirimir los pleitos desde afuera, la veloz intervención partidaria en cualquier localidad indómita, la realización de maniobras enrevesadas tendientes a imponer o desatar los más pequeños entuertos. La pregunta que surge entonces es ¿cómo soportaban los peronistas estos modos supuestamente avasallantes en los que nada quedaba en sus manos y todo se digitaba desde arriba? Nada menos banal que inquirir sobre cómo funciona el poder. En ese punto, justamente, asomaban las sospechas, las intuiciones, las preguntas más interesantes.

En un artículo publicado en esta misma revista, a partir del abordaje del caso mendocino, se argumentó que los grupos que conformaron el Partido Peronista lejos estuvieron de poder imponerse entre sí, tal como habían anhelado al integrar una alianza electoral labrada tras la candidatura de Perón en 1946. A diferencia de ello, en la interacción se generó un conjunto de prácticas políticas que parecen haber tenido el efecto de sedimentar un terreno propicio a la centralización y la verticalización en el interior del Partido Peronista. Es decir, las mutaciones del Partido Peronista no fueron una derivación implacable de la voluntad de avance de las cúpulas peronistas (voluntad que existió, por supuesto) sino también fruto no deseado de las propias prácticas de los peronistas. Ellos no sólo «soportaban» modos políticos que tendían a la centralización y a la verticalización sino que también cooperaban indirectamente a forjarlos. Esta reflexión surgió, en el artículo referido, del examen de cuatro conjuntos de prácticas que cooperaban en tal dirección.

En primer lugar, se analizó la invocación constante del nombre de Perón de parte de los peronistas de todos los subtipos, que servía para legitimar toda clase de comportamientos y, muy en especial, para disentir de manera aceptable o solapada en el ámbito partidario. En esa invocación los actores se comprometían a responder en alguna medida, tal vez sin desearlo, al «ideal de peronista» que se postulaba desde los círculos altos. En segundo lugar, se reflexionó sobre la dinámica de los peronistas mendocinos de viajar a Buenos Aires a plantear en sede capitalina los problemas políticos provin-

ciales, apostando por la apelación al (y en definitiva, la construcción del) peronismo central como el legítimo reservorio de la autoridad y las decisiones organizacionales que en el pago chico parecían de resolución más engorrosa. En tercer lugar, se atendió a las amenazas virtuales de separación de facciones y a las escisiones reales que se produjeron con las consecuentes demandas al poder partidario de mejores condiciones para retornar. La posibilidad de irse de la organización no sólo era una vía abierta, sino también una fuente de negociación permanente. En cuarto y último lugar, se reparó en el carácter inclusivo que tuvo el Partido Peronista en sus niveles menos vistosos. El disciplinamiento definitivo de díscolos fue, en el plano provincial, una práctica mucho menos frecuente que la reincorporación de disidentes capaces de demostrar suficiente interés por volver. Persiguiendo los paraderos de aquellos que se habían ido o habían sido marginados, muchos tras grandes declaraciones, se pudo advertir que era más alharaca que prohibición a futuro, ya que se los podía ver poco después reincorporados como si nada hubiera sucedido.

Una mirada sobre las pragmáticas de los peronistas a través de un microscopio en el interior del país, sin embargo, en la faena de esculpir los modos que se hicieron corrientes en el seno partidario, no puede equiparar el peso de Perón y sus hombres fuertes con el de los dirigentes de unidades básicas o de localidades remotas que apenas movilizaban a los afiliados de un club de barrio. Ello implicaría banalizar las relaciones de fuerza en el interior del peronismo y las vivencias y padecimientos de la experiencia histórica. Sería interesante, en todo caso, reponer los puntos de apoyo de una historia «general» y sus tesis en las vividas formas cotidianas del pasado, que sólo pueden ser retratadas con cierto detalle y minuciosidad a través de historias pequeñas. No es cuestión de estar siempre pendientes de cómo se pueden invertir las interpretaciones, ya que las formas del conocimiento histórico no tienen porqué moverse verificando o refutando hipótesis. Pero recalibrar el instrumental interpretativo cuando no es suficiente o adecuado para comprender aristas bastante relevantes de procesos en el interior del país, como el mencionado ejemplo sobre las dinámicas de verticalización y centralización en el que derivó el Partido Peronista, puede ser un camino prolífico para seguir intentando comprender algunos de los nudos más duros de un pasado en permanente revisión.

**La perspectiva de los actores en la definición de los contextos:  
el tema de la opción política por el peronismo en sus albores**

Otra de las vías a través de las cuales los estudios sobre el primer peronismo pueden verse enriquecidos a partir del examen de experiencias del interior del país guarda estrecha relación con la manejabilidad de un pequeño universo de actores y, sobre todo, con la posibilidad de acceder a sus enunciaciones. Sus perspectivas del mundo y sus consideraciones sobre el contexto en el cual interactuaban se tornan más accesibles a la mirada analítica cuando se las atiende en la dimensión pequeña. Ahora bien, un acercamiento de ese tenor no es garantía: poder captar en detalle inercias y transformaciones a nivel de las formas de dar sentido de los individuos, poniéndolas en escena en el espacio político doméstico, no implica necesariamente una comprensión mayor o más clara de lo que ellas significaban. De todos modos, como apuntó la microhistoria hace años, al cambiar de manera experimental la escala de observación frecuentemente se manifiesta que el perfil del contexto trazado en indagaciones macro y los comportamientos de los actores no constituyen un tándem caracterizable en términos de coherencia<sup>12</sup>. El contexto no puede explicar la acción, y la acción no halla en el contexto un escenario inmóvil. La imbricación entre ambos está en el centro de un abordaje microanalítico y su estudio puede delatar las eventuales fisuras interpretativas de supuestos que, más por viejos y asentados que por discutidos, consideramos aceptados.

La incoherencia para la mirada historiográfica (es decir, una incoherencia que no debe obligatoriamente constatararse en el plano de la empiria) entre el perfil conocido del contexto y el comportamiento de los actores que habitan y producen ese contexto emergió en varias ocasiones durante el curso de mi investigación doctoral sobre los orígenes del peronismo. Narrar una de esas encrucijadas puede resultar de interés para exponer cómo las indagaciones en la dimensión micro son capaces de sacudir ciertos supuestos de largo aliento en los estudios sobre el primer peronismo. Se trata de la adhesión al régimen militar, en el curso del año 1945, de un nutrido contingente de afiliados al radicalismo vernáculo.

Como es bien conocido, las preguntas iniciales sobre los orígenes del peronismo se dirigieron hacia los trabajadores. ¿Por qué habían acompañado a Perón en su aventura?

<sup>12</sup> Giovanni Levi, «Sobre microhistoria», en Peter Burke, *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, p. 138.

¿Qué tipo de motivaciones habían fundado ese acompañamiento? ¿De qué naturaleza había sido ese acompañamiento? ¿Autónomo o heterónomo? ¿De qué tipo de trabajadores se había nutrido el peronismo? ¿Cómo había evolucionado ese apoyo a partir de 1945? Estas y otras preguntas del mismo tenor en su formulación implicaban, además de un justificado interés por comprender la composición social del peronismo en su instancia originaria y las derivaciones que tal composición podía tener para captar la naturaleza verdadera del peronismo en el curso del siglo XX argentino, prestar por *default* una menor atención a la dimensión política de la adhesión que suscitó el peronismo en sus orígenes. Cuando eran enfocados al pasar desde la historia, los hombres de la política que se habían inclinado hacia el vistoso secretario de la Revolución de junio eran caracterizados como «cazorros» aventureros, dispuestos a transferir un capital militante al movimiento en fragua a cambio de terminar con una marginación de la que nunca hubieran salido si no hubiera sido por el oportuno auxilio oficial. La experiencia de FORJA puede ser considerada como una excepción a lo expuesto más arriba; aun cuando podría objetarse que más que un núcleo político, constituyó un colectivo intelectual que había realizado una opción ideológica acorde a sus premisas programáticas.

Un filón complementario de aquella idea que postulaba la ausencia/deficiencia de política o de apuesta político-ideológica en la adhesión al peronismo es lo que podría llamarse *la lectura del declive* del gobierno militar en 1945. Como el régimen durante ese año modificó la posición frente a la guerra mundial, desplazó a ciertos cuadros nacionalistas que habían tenido protagonismo en los primeros tiempos, reincorporó a profesores cesanteados en instituciones educativas, ablandó las restricciones a la militancia, liberó a la mayor parte de los presos y dejó correr el rumor de que la convocatoria a elecciones era inminente, las narrativas sobre esos meses de 1945 pintan a una Revolución de junio que ingresaba de modo irremediable a su etapa final. En verdad, se trató de una interpretación nativa, de los opositores al gobierno, que consideraron y difundieron la idea de que esos cambios tenían que ver más con un debilitamiento del gobierno militar que con un rumbo nuevo timoneado desde el poder. Esa interpretación se cristalizó más tarde en crónicas *bestseller* que adquirieron *status* historiográfico, como la de Félix Luna<sup>13</sup>. Allí las transformaciones operadas por el régimen militar fueron leídas como síntomas de una debilidad intrínseca que sólo repuntaría en octubre, con la «sorpresa» de las masas que ávidamente reclamaron la vuelta de Perón en Plaza de

<sup>13</sup> Félix Luna, *El cuarenta y cinco*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971.

Mayo. El análisis pormenorizado del universo político mendocino durante este año tan intenso demostró que el peso de aquella narrativa no debería ser sobredimensionado: por un lado, no fue para todos los contemporáneos evidente que el régimen tuviese su suerte echada y, por otro lado, para muchos de los que podrían haber tenido semejante evaluación del contexto el declive no necesariamente implicaba un abandono de la causa oficial que estaban escoltando.

Al auscultar cómo se produjeron las adhesiones políticas durante el año 1945 en Mendoza se advirtió que los comportamientos de los actores políticos locales entraban en rápido cortocircuito con aquella supuesta lectura contemporánea del contexto como declive, e incluso, con la imagen de polarización rotunda con la cual suele descifrarse ese momento. Las modificaciones operadas por el régimen en el curso de la primera mitad de aquel año decisivo también dieron lugar a que muchos indecisos realizaran cortes en la trayectoria oficial distinguiendo etapas, desechando aquellas que no les resultaban defendibles y haciendo suyas las que creían más aceptables para hacer pública su adhesión al gobierno. El caso del sector radical que optó definitivamente por cooperar con el gobierno militar a partir de la declaración de guerra a los países del Eje constituye un ejemplo preciso de aquella lectura alternativa del contexto. En otras palabras, mientras una parte de la sociedad política vio la decisión diplomática del gobierno como un signo del comienzo del fin, otra parte aprovechaba para dar un paso adelante en el apoyo público a la obra de la Revolución de junio. ¿Cómo se explica esto? ¿Es que la victoria era el único objetivo? ¿Es que la derrota no era el único panorama disponible? Incluso en el caso poco verosímil de que todos los actores de la época hubieran tenido el mismo diagnóstico de lo que estaba sucediendo, podría apuntarse algo que suele ser olvidado en las teorías utilitaristas de la acción humana: las causas perdedoras también tienen seguidores.

En un trabajo de investigación que versa específicamente sobre esta opción política se demostró que hasta mediados de 1945, los radicales en Mendoza estuvieron sumidos en una experiencia plena en matices, dudas y ensayos. El dirigente que aclara su postura, el militante que reclama de su propio partido una definición, la lista detallada de firmas, las solicitadas cruzadas y las declaraciones permanentes sobre los más pequeños comentarios domésticos... son enunciaciones publicadas de manera cotidiana en la prensa provincial que dan cuenta fehaciente de que había otra manera de vivir el contexto, son prácticas de significación rastreables en un mundo pequeño. La polarización a la que se asistió de forma rotunda en la segunda mitad de ese año no se dio de manera natural, ni según evaluaciones comunes del contexto. No fue la versión

evolucionada de un encontronazo entre dos entidades ya existentes que tenían opiniones diametralmente opuestas sobre la naturaleza del proceso político que vivía el país. Se trató de una construcción conflictiva en la interacción en la que los actores fueron esculpiendo, en el ejercicio, sus prácticas y sus lenguajes propios y comunes. Los ensayos de diferenciación profundizaban los contrastes y marcaban cada vez más pronunciados territorios de adhesión y de rechazo al gobierno militar. Al calor del crecimiento opositor y del inminente fin que se vaticinaba al interregno militar, la adhesión que realizaron muchos radicales mendocinos a partir de febrero de 1945 (cuando Faustino Picallo aceptó el cargo de comisionado de la municipalidad de Mendoza y luego a través de un manifiesto firmado por cientos de dirigentes y afiliados de la UCR en mayo) no puede ser pensada como efecto de intereses advenedizos de conquistar puestos de gobierno. ¿Conquistar cargos por el plazo de unos pocos meses y con el costo de ser expulsado del partido en el cual habían militado, algunos, toda la vida?

La opción radical en el plano local pone al descubierto no sólo la fuerte dimensión política de la adhesión al peronismo en sus orígenes de sectores no trabajadores, sino también la necesidad historiográfica de volver a pensar el contexto de 1945 en la dimensión pequeña. Para ello, perseguir la perspectiva de los actores, sus modos de significar el mundo que los rodeaba y de reflexionar sobre procesos de los que desconocían el final, resulta imprescindible. Muchos aspectos permanecerían incomprendidos si las acciones fueran vistas como simples estrategias conscientes para ganar la partida, con su consecuente vocabulario que mide éxitos y fracasos en relación a un contexto homogéneo y preestablecido que es fruto de una mirada que padece cierto sesgo anacrónico. Quedarían inexplicados los comportamientos de quienes tomaron caminos alternativos, perdedores o arriesgados. No tendrían cabida las condiciones inadvertidas de la acción, ni sus consecuencias no buscadas, ni las transformaciones que las vivencias produjeron sobre ellos. La acción política quedaría sin carnadura, los procesos sociales se habrían desplegado más allá de la creatividad de los actores, quienes sólo habrían navegado a través de un contexto ya predefinido en los andariveles del siglo XX.

Al permitir un seguimiento minucioso de los comportamientos y de los sentidos con los que los mismos eran investidos por los contemporáneos, el abordaje del momento formativo del peronismo, en una ciudad del interior del país, habilita la posibilidad de evitar pensar en las adhesiones políticas como entidades esenciales o motivadas por factores únicos que la mirada analítica debería diseccionar y decidir. Una vez más hay que remarcar que el estudiar el peronismo en una provincia no asegura resultados de un determinado tipo, como también hay que subrayar que una mirada no esencialista

del momento formativo de las identificaciones políticas no necesariamente proviene de investigaciones en clave micro. Dicho eso, se puede apuntar, sin embargo, que cuando la pesquisa se concentra en la actividad política cotidiana y en las vivencias nativas acerca de lo sucedido (cosa que es, por razones prácticas, más factible cuando se trabaja con universos pequeños que a través de enfoques de gran alcance empírico), se potencian las probabilidades de retratar comprensivamente densos contextos vernáculos en los que los actores intervinieron de modo decisivo y complejo.

### **Conceptos en desnaturalización: la cuestión de la construcción de la identidad peronista a partir de las experiencias obreras a ras del suelo**

Los estudios sobre el primer peronismo encarados desde el ángulo del interior del país pueden convertirse también en el terreno fecundo para intranquilizar de raíz a ciertos nudos conceptuales que, utilizados en el plano macro, no siempre exhiben su fondo hermenéutico o las tensiones que los trasuntan. ¿De qué tipo de nudos conceptuales se trata? Algunas investigaciones vienen demostrando en los últimos años, por ejemplo, que el faccionalismo no hace a la debilidad partidaria sino que, incluso, puede ser un factor vigorizante de la vida interna de una fuerza política. Faccionalismo y «debilidad organizativa» no serían entonces nociones atadas según un filo explicativo evidente, como alguna teoría política a veces ha postulado, en el cual a mayor conflictividad interna en un partido político habría menor fuerza institucional<sup>14</sup>. Desandar una atadura conceptual como esa ha permitido recalibrar abordajes y revisar si las herramientas teóricas utilizadas tienden a mejorar nuestro conocimiento sobre el pasado político que indagamos o, por el contrario, si están dificultando la emergencia de exploraciones menos preceptivas.

Uno de los varios nudos conceptuales capitales de la historiografía sobre el primer peronismo es el que ata experiencias con identidades. A menudo, las investigaciones sobre la adhesión obrera en los orígenes subrayaron la recepción positiva de las transformaciones producidas en relación a un estado de cosas anterior marcado por la explotación patronal, la carencia de atención estatal, la marginación política, etc. Esas transformaciones se habrían plasmado en buena parte del mundo de los trabajadores de la época como sinónimos de bienestar y reconocimiento, y habrían declinado como fundamentos de una perdurable identificación con el peronismo. La relación entre

<sup>14</sup> Nicolás Quiroga, «Las unidades básicas durante el primer peronismo. Cuatro notas sobre el Partido Peronista a nivel local», *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2008.

los cambios sociales e institucionales, los modos en que éstos fueron tramitados como experiencias, y las maneras en las que esas experiencias configuraron la identificación con el peronismo no son, sin embargo, nada evidentes. Una vez más se hace pertinente dar un corto rodeo para poner de relieve en qué sentido la indagación en el interior del país es potencialmente una buena vía de acceso a problemas historiográficos generales sobre los años del primer peronismo, como éste que acaba de presentarse.

La temprana hipótesis en clave de manipulación para interpretar el lazo entre los trabajadores argentinos y el peronismo fue descartada. Los mismos herederos de Gino Germani enarbolaron, al calor de otro contexto, la idea del interés obrero en la apuesta de 1945 y de la paridad en la alianza establecida con otros sectores sociales. La tesis de la relativa autonomía de las élites de la vieja guardia obrera se fortaleció aún más cuando se subrayó que el gran reconocimiento político coyuntural al que se vieron arrojados los trabajadores habría sido un factor cuya impronta debía colocarse en primer plano<sup>15</sup>. El trabajo de Daniel James vino a alterar en cierta medida la grilla que variaba entre las formas de la autonomía y las de la heteronomía afirmando que, en los orígenes, había habido «un proceso de interacción en dos direcciones» en el que clase trabajadora y peronismo se habían constituido recíprocamente<sup>16</sup>. Aquélla se había visto interpelada por éste, y éste había tatuado en sus genes el origen plebeyo de la adhesión primigenia. El momento de construcción de la identificación con el peronismo, sin embargo y como ha sugerido Omar Acha, permanece más cerca de una zona de sombras<sup>17</sup>.

<sup>15</sup> Los debates de la historiografía sobre el vínculo entre Perón y los trabajadores son muy conocidos. Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires, Paidós, 1962; Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1971; Tulio Halperín Donghi, «Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos», en: *Desarrollo Económico*, N° 56, IDES, 1975; Hugo Del Campo, Hugo, *Sindicalismo y peronismo: los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, CLACSO, 1983; Louise Doyon, «La organización del movimiento sindical peronista, 1946-1955», en: *Desarrollo Económico*, N° 94, IDES, 1984; Juan Carlos Torre, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1990.

<sup>16</sup> Daniel James, *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 56.

<sup>17</sup> El objetivo de Acha en ese trabajo no fue abordar el vínculo entre peronismo y clase obrera sino arrojar luces acerca de cómo se constituyeron las subjetividades peronistas desde el psicoanálisis. Cfr. Omar Acha, «El peronismo y los desencuentros del psicoanálisis con la investigación histórica», en: Omar Acha y Nicolás Quiroga, *op. cit.*, p. 168.

La idea, por ejemplo, de que los trabajadores habrían encontrado en Perón a un hombre que hablaba en un lenguaje creíble y con tonos presentes en la cultura popular de la época no puede ser verificada a partir de los testimonios *post hoc* de los protagonistas. Para dar cuenta del modo en que ciertas transformaciones impactaron como experiencias entre los trabajadores y cómo se canalizaron en la formación de una identificación con el peronismo, es necesario interrogarse acerca de los sentidos forjados por los contemporáneos en relación a las interacciones con Perón y el Estado peronista durante los primeros años. Allí se generaron códigos que se fueron estableciendo como compartidos y que terminarían por ofrecer claves de lectura nativas para los contextos, las luchas y los propios posicionamientos frente al peronismo. Los modos en los que se fue esculpiendo el sentido de la experiencia social a medida que los trabajadores se iban arrojando en la práctica al peronismo, y algunas de las maneras en las que esa creciente proximidad fue transformándolos, deberían ser todavía escudriñadas con detenimiento.

En mi investigación sobre el primer peronismo desde el interior del país, conseguí acercarme a aquellas preguntas a partir del tratamiento intensivo de algunas micro escenas en las que se podía sospechar un trasfondo problemático más extenso. El nudo conceptual entre experiencias sociales e identificaciones peronistas, por ejemplo, aparecía tensionado cuando los trabajadores diseccionaban las críticas a las diversas autoridades peronistas de quienes dependía la resolución de sus problemas. Durante la huelga vitivinícola desplegada en agosto de 1946, sin ir más lejos, el gremio del vino navegó de una manera muy sofisticada entre la condena al gobierno provincial, la adhesión al delegado regional de la Secretaría de Trabajo y Previsión y las demandas al Poder Ejecutivo nacional. A poco de iniciado el conflicto (cuya extensión llegó a abarcar a todos los gremios de la provincia, con simpatías peronistas y no peronistas por igual), las maniobras prácticas para sortear diversos escollos en pos de una respuesta satisfactoria al pliego de demandas elevado a la patronal habían terminado por acercar a «terreno peronista» a muchos trabajadores. Sus reivindicaciones y sus formas de legitimación ya eran proferidas en una terminología y con una razonabilidad que expresa una gran creatividad de su parte y una impresionante destreza. La experiencia de aquella huelga, entonces, no ocurrió fuera de los significados que le atribuyeron los actores ni estuvo confinada a un tipo específico de significados. Fueron los obreros vitivinícolas quienes semantizaron sus vivencias, al mismo tiempo que iban sedimentando en la práctica unas subjetividades emparentadas con el peronismo.

La nueva actitud estatal frente a las relaciones laborales, la apertura de espacios de poder y reconocimiento al mundo obrero fueron, sin duda, hitos insoslayables de ese

proceso de identificación inicial entre el peronismo y los trabajadores, pero se amputa la interpretación si es esbozada en términos de estímulo-respuesta (primero fue la actitud del peronismo y luego las experiencias obreras frente a ella). La constitución mutua entre el peronismo y los trabajadores no se basó en un encuentro de proyectos y oportunidades, sino en la fragua común de códigos y acuerdos (a los que se llegó en general después de fuertes negociaciones).

Durante el conflicto vitivinícola de 1946 muchos trabajadores mendocinos fueron aprendiendo las virtudes de discriminar interlocutores cuando visualizaban desacuerdos en el criterio oficial para dar respuesta a sus demandas, presentarse como «moderados» luchadores gremiales y «obreros auténticos» cuando se los acusaba de estar agitando las aguas de la paz social. Enunciar el cerco como fundamento de la incomprensión gubernamental cuando no estaban de acuerdo con las disposiciones nacionales, denunciar malinterpretaciones cuando notaban que habían tomado un camino poco prometedor, condenar la injerencia de la política y reivindicar la naturaleza social de las reclamaciones cuando el guión oficial así parecía exigirlo, elaborar todo un arsenal de maneras suaves pero amenazantes de protestar y contravenir, constituyen sólo algunos ejemplos de las estrategias en que los trabajadores adquirieron destreza. Esos códigos basados en pragmáticas, ensayados en la vida práctica, se fueron haciendo compartidos y se difundieron. Esas prácticas no revelan una naturaleza utilitarista de la acción de los trabajadores, ni una estrategia de la clase obrera. Y ello se debe a que en cada momento sus gestos se afincaban como modos propios, se incorporaban a la subjetividad y colaboraban en la construcción real de una identificación política. Además, esos códigos se trababan en estrecha relación con la dimensión pública de la conflictividad, con la puesta en escena de las disputas entabladas localmente y, por supuesto, con el estilo elástico en el cual el peronismo (como gobierno) supo ir cobijando a sus variopintos adherentes.

Una vez más se puede afirmar que barriando a «ras del suelo» en la dimensión micro de densos procesos sociales, tal como permite y alienta a hacerlo la mirada puesta en el interior del país, se facilita, aunque no se garantiza, repreguntar y volver a pensar sobre aspectos de los primeros años peronistas de un modo alternativo, a la luz de debates conceptuales más abarcativos y cooperando con ellos. Las Ciencias Sociales y las Humanidades continúan siendo una dadivosa cantera de preguntas fértiles, a partir de las cuales las agendas de trabajo pueden regenerarse. Entre ellas, la aproximación etnográfica al pasado político y la pragmática histórica se presentan como puntos de partida muy sugerentes. Sus apuestas por no delimitar *a priori* las fronteras de la indagación, y su preferencia por dirigirse hacia los procesos de politización y de elaboración de conven-

ciones prácticas para actuar son, tal vez, algunas de las invitaciones más interesantes hoy disponibles. Esos enfoques encuentran en el análisis en dimensión pequeña un terreno propicio para desplegar sus potencialidades, no tanto por su tamaño sino más bien por corresponderse con los límites imaginarios con que los actores pensaban sus mundos, organizaban sus vidas y actuaban en público.

### **Un comentario a modo de cierre**

Poner a prueba hipótesis generales para ver su fondo epistémico, captar la perspectiva de los actores y su impacto en sus contextos, repensar nudos conceptuales naturalizados en nuestra reflexión: esos son los pocos modos en los cuales este trabajo propuso que estudiar el primer peronismo desde el interior del país puede implicar un aporte a las investigaciones más generales sobre el peronismo. No son los únicos, sin duda, ni los más interesantes, son algunos de los que se desgajaron de una experiencia concreta de indagación sobre Mendoza. Requieren debates futuros y colectivos que seguro tendrán lugar y que se pondrán en común con otros recorridos de investigación.

Por el momento, con mayor convicción se puede sugerir que la necesidad de reconstruir empíricamente un sinfín de experiencias locales durante el primer peronismo está, quizás, en buenas condiciones de suavizar su envión. Puede ser cómodo avanzar por pagos ceñidos (el archivo muchas veces lo alienta), pero también se pueden tejer lazos sobre el objeto peronismo a partir de problemas, lo cual no necesariamente supone incomodidades porque no suprime la pertinencia de los estudios en la pequeña dimensión si no que reposiciona sus *status*. Como se viene señalando en la producción más reciente, las cavilaciones historiográficas pueden labrarse según otro tipo de fundamentos, según otros criterios comparativos, según otros diálogos epistemológicos. ¿Por qué sería deseable tal cosa? ¿Acaso no estamos a gusto especializándonos en filones temático-geográficos? Es primordialmente una sospecha: si tematizáramos más para qué sirve la mirada desde el interior del país, las energías intelectuales para comprender al primer peronismo podrían verse revitalizadas ya que es posible que la acumulación indefinida de investigaciones no prometa de por sí gran cosa. Con ese ánimo, se remarcará y con razón, la baraja debería involucrar no sólo a los estudios «extracéntricos» sino al conjunto de la producción sobre el período. Re-buscar lo grande, por así decir, en lo pequeño, sería la cuestión. Y es cierto que allí terminaría por disolverse la particularidad de los «estudios en el interior del país» y se expresaría un deseo por redefinir un perfil de pesquisa en el que lo doméstico, lo barrial, lo municipal, lo provincial, lo regional,

lo nacional y hasta lo internacional serían más ventanas hacia terrenos habitados del pasado que tablas con precisos límites administrativos.

En los abordajes «generales», se sabe y se sabe mejor en cuanto la indagación en la escala chica se presenta como una subalternidad académica, con frecuencia las experiencias del interior funcionan como dibujo de fondo, como escenario decorativo, como misterioso ámbito en donde constatar hipótesis a gusto o hacer sonar los chirridos de la «excepción» histórica. Pero es posible que ese porteñocentrismo no sólo provenga de Buenos Aires, sino que también sea resultado de la elección de apagadas municiones, de parte de quienes erramos por esas zonas del pasado del siglo XX, para retar ciertos enfoques metodológicos y algunos de los debates conceptuales más urgentes. Habría que discutir si vale o no la pena encarar fieramente (aplacando el comprensible temor por un debilitamiento de nuestra legitimidad en el campo historiográfico como «especialistas en») la idea de que estudiar el peronismo desde el interior del país es sólo un punto de vista, una posición para escudriñar, una atalaya para formular interpretaciones y para aguzar el ojo frente a un cielo que es muy extenso y que está muy poblado de cuerpos voladores desconocidos. También se anhela allí un debate cercano y, sin duda, colectivo.